

COLECCIÓN VIRTUS

# **LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE JESÚS DE NAZARET**

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

*San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2011*



No es infrecuente escuchar a algunos profesionales diagnosticar a sus pacientes “inmadurez afectiva” o “incompleta integración de la sexualidad”, lo que significa que las facultades superiores (inteligencia y voluntad) no han logrado aún enseñorear cumplidamente el mundo inferior de las emociones e instintos. Como cabe suponer, los interesados suelen preguntar cómo colmar esa laguna. En tales casos, el trabajo pasa (si bien con métodos diversos) por el conocimiento, adquisición, desarrollo y puesta a punto de la constelación de hábitos virtuosos que se articulan en torno a la templanza (a saber, sus elementos integrales: vergüenza/pudor y honestidad; sus especies propiamente dichas: dominio sobre el apetito del placer alimentario y de los placeres genésicos; y otros hábitos relacionados: continencia, mansedumbre, clemencia, humildad, modestia, etc.), además de un serio ejercicio de la virtud de la prudencia (perfección cognoscitiva) sin la que no es posible ninguna verdadera virtud.

Pero esto no basta. También hace falta un punto de referencia, porque en la educación de las virtudes la vía de la ejemplaridad y de la imitación es esencial. Es necesario saber cómo es una persona que goza de perfecta madurez en las dimensiones arriba mencionadas, para poder contemplarla e inspirarse en su arquetipo. El trabajo psicológico y moral es en gran medida un proceso de imitación, como el que realizan los niños observando a sus padres (para bien o para mal). La madurez afectiva no se logra si no se recibe cierta *inspiración* de un paradigma atractivo, firme y seguro, en el cual se aprecie lo que el discípulo quiere materializar en sí mismo.

Respecto de la perfección afectiva y sexual Jesús, el divino maestro, es el modelo insuperable. Él “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” y “le descubre la verdad sobre el hombre”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor,

Hablaba Alejandro Roldán, en un conocido estudio de caracterología de mediados del siglo XX, de la “belleza masculina de Cristo” que él veía al estudiar el somatotipo del Hombre de la Síndone de Turín; y añadía: “aspecto *varonil* y majestuoso del Salvador (...) dosis de masculinidad tan acertada y tan en su punto (...); el hombre perfecto, que posee en su difícil medida y proporción el preciado don de la masculinidad”<sup>2</sup>. Es claro que no podemos basarnos en esta reliquia para describir los rasgos físicos y afectivos de Jesucristo, ya que, en rigor, sólo concluiríamos que la belleza y el equilibrio del Hombre de la Síndone, *muy probablemente* corresponda —como la misma reliquia— a Nuestro Señor<sup>3</sup>. Y si bien, tampoco encontramos una descripción corporal de Jesús en los Evangelios (aunque no faltan alusiones a su constitución biofísica, como veremos más adelante), éstos, en cambio, nos ofrecen numerosos rasgos psicológicos de su personalidad, en los que podemos ahondar como en ubérrimos campos. Allí, pues, penetraremos para tantear el gigantesco misterio de la afectividad del Maestro.

## 1) Conocimiento y aceptación de sí mismo como varón

La primera dimensión que nos aproxima al grado de madurez con que Jesús vivió su afectividad y sexualidad lo descubrimos en el conocimiento que tuvo de su virilidad y la actitud con que la vivió.

---

manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 22). “Quien contempla a Cristo (...) descubre también en Él la *verdad sobre el hombre*” (Juan Pablo II, Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* [2002]).

<sup>2</sup> Roldán, Alejandro, SJ, *Introducción a la ascética diferencial*, Madrid (1960), 305-307.

<sup>3</sup> El mismo Roldán reconocía en su obra que la identificación del hombre de la Síndone con Jesús de Nazaret sólo puede considerarse “altamente probable”, sin embargo, sostenía que, a falta de datos directos de los Evangelios sobre su aspecto físico, podíamos legítimamente aprovecharnos del testimonio magnífico de esta venerada reliquia. De todos modos, frente a la terca actitud de los que sistemáticamente niegan, como U. Chevalier, que la Sábana Santa sea el lienzo mortuario de Jesús, vale lo que replicaba el famoso sindonista Dr. Judica Cordiglia: “Hay que tomar entonces en las manos una ampliación fotográfica de aquel Rostro, dejar a un lado cualquier prejuicio, y ¡mirar! Después de esto, no podemos por menos de quedar sorprendidos y admirados, si no por otra razón, de la soberbia belleza de esta faz y de aquel no sé qué profundamente sugestivo que emana de aquel Rostro, perteneciendo a quien sea” (Judica Cordiglia, G., *¿Es Cristo el hombre del Santo Sudario?*, Barcelona (1955), 46). Con no menos admiración, se expresaba el gran psiquiatra y estudioso de la tipología humana, Gregorio Marañón: “Esta turbadora imagen no es la efigie solamente de un ser humano excepcional...”

### **(a) Conciencia y aceptación de su propia masculinidad**

Una persona, para ser madura, debe ser consciente del *don* de su masculinidad o feminidad, como recibido de su Creador. La misión de todo ser humano está relacionada con su masculinidad o feminidad, porque su vocación está ligada a algún modo de paternidad o maternidad (biológica o espiritual) y a una impronta afectiva, psicológica y espiritual, que son diversas en el hombre y en la mujer. Quien no ve su masculinidad o feminidad como un don gratuito (es decir, inmerecido), no puede comprender, valorar, agradecer y vivir su propia vocación. Ligada a esta realidad podemos considerar la conciencia personal y la aceptación del aspecto orgánico-fisiológico o genitalidad, es decir, la aceptación y conformidad con el propio sexo biológico (orgánico-fisiológico), de la propia identidad sexual (las vivencias de la vida intrapsíquica que se manifiestan a través de gestos, actitudes, etc.), de la orientación heterosexual, etc.

No encontramos en los Evangelios alusiones directas a estos aspectos; pero la ausencia, en Jesús, de referencias a conflictos con su propia sexualidad es ya una indicación de una vivencia normal, pacífica y serena de esta esfera personal. Los varones que se reconocen y aceptan como tales, así como las mujeres que se identifican y aceptan como mujeres, no suelen aludir a esta realidad; no lo necesitan. Nadie comenta, sorprendido, que tiene sólo una cabeza o dos brazos; les parece obvio que así han de ser las cosas y viven pacíficamente estas certezas. Son las personas que padecen algún conflicto interior, ansiedades, dudas o perplejidades, las que insinúan los temas que las angustian, sea con preguntas indirectas, con quejas, o con interrogaciones expectantes. Los gestos y actitudes de Jesús muestran una experiencia serena y madura de su propia masculinidad. Así, por ejemplo, su capacidad de providencia (por ejemplo, en el episodio de la multiplicación de los panes); su hombría sin alardes y sin histerismos en los momentos de altísima tensión e intenso sufrimiento, como al ser tomado prisionero en el Huerto de los Olivos (Jn 18); su actitud serena y dominadora (de sí y de sus discípulos) en contraste con el nerviosismo de Pedro (que saca su espada y reacciona violentamente), de los demás discípulos (que huyen), de sus enemigos (que se apoyan en el número para enfrentarlo

---

<sup>El</sup> estremecimiento que causa su contemplación hace pensar.. que sí, que así debió ser el Dios hecho hombre” (Marañón, Gregorio, Carta privada a la Delegación de *Cultores Santae Sindonis*; en: Roldán, *op. cit.*, 304).

o que caen de rodillas al escuchar la voz de Jesús); las viriles respuestas que dirige a Anás, Caifás, Pilatos, etc. Jamás se observa en Cristo, especialmente durante su pasión, la pérdida del temple, el titubeo, el nerviosismo o la tendencia al histerismo, que suele caracterizar a las personas poco viriles y afeminadas, ni la timidez exagerada propia de los personas de sexualidad vacilante.

Menos aún presenta Jesús los rasgos del hombre obsesionado (ni aún preocupado) por su inferioridad sexual, como ocurre con el que huye las mujeres<sup>4</sup>. Es muy importante remarcar en la psicología de Jesucristo, tal como aparece en los Evangelios, la total ausencia de cualquier sentimiento de inferioridad y timidez en sentido estricto. El sentimiento de inferioridad es característico de las personas que tienen conciencia de las propias deformidades físicas, de la impotencia, de la vergüenza sexual, de la incongruencia entre las propias tendencias sexuales y el sexo biológico, etc. o, al menos, imaginan tener estos defectos<sup>5</sup>.

También subrayo la rica observación de Marañón, según la cual las mentalidades tímidas se caracterizan, sobre todo en lo que se refiere al sexo, por su tendencia exhibicionista. El espíritu humano propende, notaba el célebre galeno, a hacer creer a los demás precisamente aquellas virtudes de que carece. De ahí que casi siempre podamos reconstruir la verdadera psicología de los hombres sin más que poner un signo negativo a todo aquello de que ostentan y hacen gala, regla general que se hace todavía más precisa y notoria en lo que hace a la sexualidad<sup>6</sup>. Son los hombres de instinto vacilante los que necesitan mostrar ante los demás, y más aún, ante sí mismos, su propia hombría por medio de bravuconadas o de alardes de donjuanismo<sup>7</sup>. La total ausencia de exhibicionismo en Jesús (un hombre, por otro lado, con una intensísima vida pública) se manifiesta en su humildad, su huida de las

---

<sup>4</sup> Cf. Marañón, *Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo*, en: *Obras Completas*, Madrid (1970), tomo V, 110.

<sup>5</sup> El sentimiento de inferioridad es un problema que trasciende la esfera sexual y se da en muchos otros campos. Lo que quiero decir aquí es que quienes creen tener, o son conscientes de poseer, problemas en el orden sexual o en su masculinidad o feminidad, desarrollan también una conciencia de inferioridad. La ausencia de este sentimiento erróneo, implica que se tiene conciencia de la propia normalidad (o bien que se ignora completamente la presencia de alguna malformación).

<sup>6</sup> Cf. Marañón, *Ensayo biológico sobre Enrique IV*, op.cit., 135.

<sup>7</sup> Sobre esto véase, por ejemplo, del mismo Marañón, *Don Juan*, Madrid (1946).

aclamaciones populares (huye cuando quieren hacerlo rey: Jn 6, 15), su rechazo del triunfo fácil y vistoso (como el que le presenta Satanás invitándolo a arrojararse del pináculo del Templo: Mt 4, 5-6). Jesús sólo acepta la aclamación triunfal cuando ésta se transforma en preludio de su postración y muerte (Mt 21, 1-11).

### **(b) Conciencia y aceptación de la propia afectividad en su modo de ser viril**

Como consecuencia —o, al menos, en estrecha relación con lo anterior— vemos la vivencia, en Cristo, de una afectividad plenamente viril. Algunos rasgos viriles en la afectividad de Jesús acaban de ser acen- tuados por su estrecha relación con la conciencia de su masculinidad.

Podemos añadir más. En Jesús observamos rasgos afectivos viriles maduros, es decir, correspondientes a la madurez propia de su edad. La mayor parte de los Evangelios relatan el período de vida de Jesús que corresponde a su vida pública; por tanto, tres años de vida de un hombre que rondaría entre los 30 y los 40 años de edad (sus enemigos son testigos: *Todavía no tienes cincuenta años*: Jn 8, 57). La madurez de una persona es una realidad dinámica; puede hablarse de un niño maduro, de un adolescente maduro o de un joven maduro, según que cada uno de éstos hayan logrado el desarrollo físico, la capacidad de conocimiento, la energía volitiva y el dinamismo afectivo correspon- dientes a su edad. Por el contrario, es inmaduro el adolescente, el joven o el adulto que, de modo corriente, razona, juzga, quiere o reacciona pasionalmente como lo haría alguien de edad inferior a la suya. Su de- sarrollo psíquico y espiritual ha quedado varado.

Los relatos evangélicos describen rasgos de Jesús que correspon- den a una persona de madurez por encima de la media. Ya lo evidencia el episodio de su pérdida y hallazgo en el Templo, cuando sólo tenía doce años (cf. Lc. 2, 42-50). Su modo de hablar, su agudeza, sus pre- guntas y respuestas, maravillaron a los doctores de la Ley. La respuesta dada a la pregunta de María, su madre, dejó admirada a ésta y a su pa- dre adoptivo José. Pero la conciencia que él manifiesta en ese momen- to sobre la Paternidad divina, su relación de pertenencia total al Padre, y su vocación plena y absoluta a las cosas del Padre, supera la mente de cualquier niño exquisitamente educado en cuestiones religiosas. Jesús

niño es una persona totalmente compenetrada en una misión y en una relación sobrenatural —filial— con Dios.

Esta misma madurez afectiva la percibimos como viril en su actitud psicológica paternal. Jesús se sabe “uno” con el Padre en cuanto a la naturaleza divina: *el Padre y Yo somos uno* (Jn 10, 30), pero se afirma distinto personalmente del Padre: *el Padre, que me ha enviado* (Jn 5, 37). Sin embargo, también afirma que Él es el rostro del Padre: *Felipe, quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre* (Jn 14, 9). Si Jesús es reflejo del Padre, Jesús es padre (aunque no “el” Padre, primera persona de la Santísima Trinidad), por eso sus actitudes son paternas y sus virtudes hacia los hombres son las propias de un padre (al hablar de “paternidad”, en este contexto, la entiendo como la misión y conciencia del progenitor varón, no en el sentido genérico de la función de transmitir la vida, aplicable análoga y conjuntamente al padre y a la madre): es providente, defensor (su actitud en Getsemaní es a la vez viril y paternal: *si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos* (Jn 18, 8); el evangelista añade claramente el sentido de la responsabilidad que Jesús tenía sobre sus apóstoles: *Así se cumpliría lo que había dicho: «De los que me has dado, no he perdido a ninguno»* (Jn 18, 9).

## 2) El modo varonil de vivir de Jesús

La fortaleza es virtud del hombre y de la mujer, pero reviste en cada uno de ellos matices diversos. La fortaleza en la mujer adquiere generalmente tintes de resistencia ante el dolor, de firmeza frente a la adversidad y el infortunio. La mujer fuerte es la mujer perseverante, la mujer que, como María al pie de la cruz, *stat*, como dice el verbo latino: se mantiene inquebrantable y maciza en su puesto. En el varón la misma virtud se baña de empuje, de coraje, resolución y vitalidad. Mientras ella es más apta para soportar, él lo es para atacar. No son categorías absolutas; tanto varones como mujeres muestran ambos rasgos, pero en sus modos y actitudes, ordinariamente, brilla el aspecto correspondiente. Hay un modo viril y un modo femenino de ser fuerte.

Jesús tiene una resistencia y un aguante marcadamente viril. El desgaste que debe haberle impuesto la vida que llevó durante los pocos años de su vida pública manifiestan en él una complexión física magnífica. Y como ordinariamente (aunque haya excepciones) el desarrollo



en las distintas esferas de la personalidad es armónico, podemos deducir también su perfección en los demás órdenes. Se trasluce en una frase de san Lucas que se refiere al momento en que Jesús entra en la adolescencia: *progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres* (Lc 2, 52). Roldán ve en esta expresión la perfecta correlación entre el desarrollo somático (estatura), psíquico (sabiduría) y hagiotípico (gracia). “Como si [el Evangelio] nos quisiera decir —explica— que la expansión dinámica de los ‘componentes’ corporales, anímicos y hagiotípicos en Jesucristo fue paralela, sin ninguna desviación o desplazamiento”<sup>8</sup>.

Algunos datos evangélicos confirman la perfecta estructura biofísica de Jesús, su naturaleza fuerte y robusta. Se levanta muy de mañana (Lc 6, 13); pasa los días en frecuentes periplos apostólicos (Mt 15, 21), y parece que con escasas provisiones, ya que así lo recomendó a sus discípulos al enviarlos al apostolado (Lc 9, 3). *Fatigado del camino se sentó junto a un pozo*, dice Juan (4, 6). El evangelista nota que a veces le faltaba aún el tiempo necesario para comer (Mc 3, 20; 6, 31). Y como remate, a menudo dedicaba las noches enteras, o gran parte de ellas, a la oración (Lc 6, 12), incluso cuando el trabajo del día había sido agotador (Mc 6, 46). Debemos suponer, con todo derecho, que el mucho hablar lo fatigaría en extremo, pues normalmente predicaba al aire libre, ante grandes muchedumbres y bajo el ardiente sol de Palestina. No todos podían seguirle el ritmo, como parece advertirlo al escriba que acercándose a Él le dijo: *Maestro, te seguiré a donde quiera que vayas*, pero Él le replicó: *Las zorras tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* (Mt 8, 19-20). Es muy probable que durante sus muchos viajes pernoctase en los incómodos e inhospitalarios alojamientos públicos (las *posadas*, como aquélla en la que no hicieron lugar para su madre al tiempo de su alumbramiento) o pasase incluso las noches al raso; de aquí le vendría esa facilidad para el sueño sereno y profundo, como el de muchos niños, que vemos en él, capaz de seguir imperturbado en medio de una tormenta como la del lago de Genesaret, en la cual, mientras las olas parecían a punto de inundar la barca, *Él estaba en la popa sobre el cabezal, durmiendo* (Lc 4,38).

---

<sup>8</sup> Roldán, A., *op. cit.*, 298-299.

La vida al aire libre parece haberle gustado mucho, como lo demuestran las innumerables alusiones al campo y las costumbres propias de este medio que encontramos en sus parábolas. Eran las soledades las que elegía para estar con sus discípulos, el desierto, la cumbre de los montes o las penumbras de un olivar las que prefería para retirarse a rezar. Todo esto implicaba, a su vez, tener una gran tolerancia para el calor, el frío, los vientos, las lluvias, el hambre y el cansancio. Y no hablamos de un hombre tosco, incapaz de tratar con personajes de alcurnia o incómodo para manejarse en un banquete, como podemos observar por los mismos relatos evangélicos. Los anfitriones de Jesús no le reprochan la torpeza u ordinariez de sus modos sino únicamente el no atarse a las costumbres de los fariseos, la excesiva condescendencia con los pecadores y la confianza con las personas de mala vida.

Tampoco faltan rasgos que demuestren que Jesús tenía ese rasgo inconfundible del varón auténtico que es la capacidad de imponerse a sus enemigos cuando una causa justa lo reclama. Para Jesús, la “causa” por excelencia era la gloria de su Padre. No debe, pues, extrañarnos que la única vez que lo vemos alzar una mano sea cuando esta gloria paterna estuvo violentada. El episodio, la expulsión del Templo de los mercaderes que lo habían convertido en un mercado, es relatado por los cuatro evangelistas (Jn 2, 13-22; Mt 21, 12-13; Mc 11, 15-19; Lc 19, 45-46), si es que se trata de un mismo hecho, pues bien podría ser que la ira del Señor se haya desatado más de una vez por el mismo motivo. Esto último no debería extrañarnos. Es lícito suponer el estupor y el pánico trastornado de sus adversarios. En parte porque para el comerciante sin escrúpulos (y aquéllos lo eran) no hay cosa más dolorosa que la ruina de sus negocios; pero sobre todo porque nada es más temible que la cólera del manso. El manso no se enoja sin motivo; pero cuando tiene motivo, su ira lo hace imponente, ya que el manso enfurecido sabe por qué está enojado y sabe que no tiene derecho a calmarse mientras no se restablezca la justicia. Se puede sobornar al iracundo; es muy difícil corromper al manso *racionalmente* encolerizado. Jesús no actuó dominado por la pasión. No está fuera de sí el hombre que tiene el tiempo y la parsimonia de fabricarse un latiguillo de cuerdas y la fibra de dar un discursito explicando su comportamiento. Jesús hizo ambas cosas. Los empujones y patadas que necesitó para desparramar las monedas de los cambistas y ahuyentar las gallinas, vacas y palomas que infectaban el Templo paterno, fueron pensadas, medidas y queridas.

Jesús llamó a los comerciantes con el poco agradable título de “bandidos”, pero, por lo que entendemos, ninguno se atrevió a replicarle, ya que, como nota Marcos (11, 18), *le tenían miedo*. Su sola presencia imponía respeto y frenaba incluso los instintos homicidas, como ocurrió ya antes, en Nazaret, cuando sus paisanos quisieron despeñarlo, *pero él, pasando en medio de ellos, se marchó* (Lc 4, 30). No debía ser fácil animarse a poner las manos en Jesús. Su hombría debía asustar a sus enemigos. Sobre todo porque era “hombría” y no “bravuconería”. El matón es fanfarrón y camorrista, y sus gestos suelen ser ocasión de pendencia porque naciendo su aparente audacia de la pasión convulsionada, estimula las pasiones ajenas como un fuego enciende otro fuego. Pero el coraje auténtico, que se impone por la superioridad moral y brota de la razón y de la justicia, hace languidecer a los contrarios. La verdadera fortaleza es el coraje puesto al servicio de la justicia. Éste es el que espanta a los malos y tal fue el temple de Jesús. Sus enemigos debieron esperar a que Él quisiera entregar *voluntariamente su vida* (cf. Jn 10, 18) para poder descargar su furia.

Sin embargo, Jesús no era una persona ruda, de esas que pueden soportar o enfrentar enormes trabajos por poseer una naturaleza rústica y cerril. Por el contrario, su cuerpo era de una delicadeza particular y su sistema nervioso especialmente sensible. La Carta a los Hebreos le aplica las palabras del Salmo 39 dirigidas a su Padre al entrar en este mundo: *Sacrificios y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo* (Hb 10, 5), se entiende: “apto para padecer”. Testigo de esta verdad es su sudor de sangre en Getsemaní (Lc 22, 44) y sus elocuentes palabras: *Triste está mi alma hasta el punto de morir* (Mt 26, 38).

Y este Jesús, a quien podemos imaginar, por los pocos rasgos que acabamos de recordar, agotado, curtido, abrumado por multitudes que lo rodean constantemente para pedirle milagros o reclamarle enseñanzas de cielo, fatigado de correrías, falto de todo consuelo material, en vez de quejarse o pedir un momento de sosiego, ofrece a los demás su ayuda para llevar los sufrimientos: *Venid a mí los que estáis agobiados con trabajos y cargas que Yo os aliviaré* (Mt 11, 28).

No es ésta, sin duda alguna, la psicología de un hombre con conflictos de personalidad, quejoso, malhumorado, de afectos conflictivos, de mentalidad enmarañada, ni de anhelos enrarecidos.

### 3) La espiritualidad viril de Jesús

Dando un paso más podemos ver que la afectividad de Jesús es viril y equilibrada (consecuentemente, también su sexualidad) porque su espiritualidad lo es. Es sabido que las personas afectivamente débiles e intrincadas se guían ordinariamente, no por la razón, sino por sus sentimientos y estados anímicos, lo que las hace volubles y de juicios tornadizos. Si consideramos, en cambio, las predicaciones de Cristo y sus acciones, no es difícil percibir que es siempre lo objetivamente más grande e importante lo que cuenta para Él, y que no son las “razones” del sentimiento (que a menudo equivalen a caprichos del corazón), ni sus vivencias o experiencias personales las que alega como argumentos de peso, sino lo que es objetivamente valedero. Jesús, como nota Bichlmair, apela de lejos mucho más al espíritu que al mero sentimiento del oyente.

Si miramos el foco de atención vemos otro rasgo testigo del equilibrio espiritual: Jesús no detiene el afecto de sus interlocutores en Sí mismo, sino en Dios Padre. De alguien dotado de una capacidad de atracción como la suya (*todos se van a él*: Jn 3, 26), de su formidable poder de hacer milagros, admirado al punto de querer hacerlo rey (Jn 6, 15) y proclamarlo como mesías (al entrar triunfalmente en Jerusalén) o como *gran profeta* (Lc 7, 16), es importantísimo subrayar este rasgo esencial: no frena los afectos de los demás en su propia persona sino que los canaliza siempre hacia Dios. En algunos casos, incluso, no permite que algunos lo sigan sino que les exige que se transformen en pregoneros de la gloria de Dios, como hace con el endemoniado de Gerasa después de exorcizarlo, o con los leprosos curados, a quienes envía a presentarse a los sacerdotes.

La espiritualidad viril de Jesús se manifiesta también en las parábolas que usa para predicar. Éstas apelan de modo particular al corazón y a la imaginación simple de sus oyentes, y transparentan la fantasía y el afecto del mismo Jesús. Pues bien, todas ellas son creaciones de un pensamiento a la vez viril y equilibrado. Como dice Bichlmair, si no supiésemos que estos sermones y parábolas provienen de Jesús, con todo, podríamos concluir que deben haber sido estampados por un hombre de temple, un varón. De hecho es así, el tenor que tienen en estas pequeñas joyas de la literatura conceptos como el trabajo, la amistad, la fidelidad y la infidelidad, la paternidad, la traición del mal

hijo, el arrepentimiento, la misericordia paterna, la virginidad, los malos jueces y los administradores camanduleros, la mujer fiel y la joven necia, los siervos sin entrañas y los hombres timoratos, etc., todo esto, digo, responde a la fantasía de un varón, al ingenio masculino, y a los modos de pensar varoniles. Una mujer de gran talento y fina espiritualidad, aun siendo capaz de crear piezas magníficas como las parábolas evangélicas, les habría dado otro colorido.

Veo espejado el equilibrio afectivo del Señor en el “timbre” de su amor. Jesús tenía facilidad para amar. Parece desprenderse de la expresión de Marcos referida a su encuentro con el joven rico: *fijando en él su mirada, lo amó* (Mc 10, 21; cf. 10, 17-22). El muchacho además de abundoso en fortuna era limpio de alma y aspiraba a ser santo (*Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para ganarme la vida eterna?*). Tanteando su corazón, el Señor le recuerda los mandamientos que obligan a todo hombre. Al oír la respuesta del joven (*los cumplo desde mi adolescencia*), y viendo en él “pasta” de santo, *lo miró* (es decir, le caló el corazón) y lo amó, lo que significa, en la actitud de Jesús, que le propuso un camino directo y seguro hacia esa santidad que el muchacho parecía buscar, que pasaba por el privilegio de ir en su compañía personal: *Si quieres ser perfecto, ve, vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres; después ven y sígueme*. El horizonte de la pobreza abierto ante el mancebo, en cambio, lo abatió y *se marchó lleno de tristeza*, porque estaba demasiado apegado a sus bienes. El amor de Jesús que se trasluce en este episodio revela su equilibrio afectivo. Es un *amor espiritual*, porque ama los bienes espirituales del muchacho, su deseo de santidad y su pureza, no sus cualidades físicas o materiales; Jesús se enamora del corazón virtuoso o, al menos, capaz de mucha virtud, del joven. Es un *amor paciente*, no intempestivo ni inoportuno; sólo lo invita a su seguimiento cuando el muchacho da muestras de no conformarse con los caminos comunes a todo mortal, cuando parece ser de los que *quieren más*. Es un *amor exigente*, que llama a dejarlo todo sin ambigüedades ni propuestas aguachentas; le ofrece un camino de cruz y espinas. Es un *amor desinteresado*, que no pide nada para sí: *dáselo a los pobres*. Y el rasgo más destacable: es un *amor que respeta absolutamente la libertad*; Jesús no se amarga, ni muestra despecho por la inesperada pusilanimidad del muchacho. Lo mira alejarse sin reprocharlo, sin desprecio ni desdén; en todo caso con una tristeza escondida en lo más íntimo de su corazón.

Otros rasgos de esta espiritualidad viril los recordaremos en los puntos que siguen.

#### **4) El reconocimiento y la aceptación de la mujer por parte de Jesús**

Hay que reconocer que Jesús no se atuvo, respecto de la mujer, a los usos del ambiente judío en que se movió. Entre sus compatriotas rígidos, las mujeres eran discriminadas desde el nacimiento, que se extendía luego a la vida política y religiosa de la nación. “¡Ay de aquél cuya descendencia son hembras!”, dice el Talmud. Tristeza y fastidio causaba el nacimiento de una niña; y una vez crecida no tenía acceso al aprendizaje de la Ley. Dice la Mishná: “Que las palabras de la Torá (Ley) sean destruidas por el fuego antes que enseñársela a las mujeres... Quien enseña a su hija la Torá es como si le enseñase calamidades”. Las mujeres judías carecían frecuentemente de derechos, siendo consideradas como objetos en posesión de los varones. Algunos judíos recitaban diariamente esta plegaria: “Bendito sea Dios que no me hizo pagano; bendito sea Dios que no me hizo mujer; bendito sea Dios que no me hizo esclavo”. La actitud de Jesús respecto de la mujer contrasta fuertemente con estas expresiones, hasta el punto de que sus apóstoles se llenaron de maravilla y estupor ante el trato que les brindaba (cf. Jn 4, 27). Él no tiene reparos en conversar públicamente con la mujer samaritana (cf. Jn 4, 27), ni toma en cuenta la impureza legal de la hemorroísa (cf. Mt 9, 20-22), deja que una pecadora se le acerque en casa de Simón el fariseo e incluso que lo toque para lavarle sus pies y que lllore sobre Él (cf. Lc 7, 37), perdona a la adúltera, mostrando de este modo que no se puede ser más severo con el pecado de la mujer que con el del hombre (cf. Jn 8, 11), toma distancia de la ley mosaica para afirmar la igualdad de derechos y deberes del hombre y la mujer respecto del vínculo matrimonial (cf. Mt 19, 3-9; Mc 10, 2-11), se hace acompañar y sostener en su ministerio itinerante por mujeres (cf. Lc 8, 2-3), les encarga el primer mensaje pascual, e incluso avisa a los Once su Resurrección por medio de ellas (cf. Mt 28, 7-10 y paralelos).

La madurez afectiva del varón en el trato con el sexo femenino se mide por la capacidad de establecer sanas relaciones de amistad y respeto con la mujer sin que esto implique perturbaciones, apegos, amistades peligrosas o desgobierno de la propia sensibilidad. Como

acabamos de mencionar, los Evangelios mencionan varios episodios en los que Jesús se relaciona con mujeres. San Lucas dice, por ejemplo, que el Señor *iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes* (Lc 8, 1-3). Muchas de las mujeres que Jesús encuentra en su camino ciertamente no habían tenido un pasado ejemplar y quizá el presente de algunas de ellas tampoco lo era: la samaritana había convivido ya con varios hombres y Jesús le manifiesta saber que el hombre con quien vivía entonces tampoco era marido suyo; la mujer que entra en casa de Simón el fariseo era probablemente una meretriz, ya que el anfitrión dice para sus adentros que era “una pecadora” por la que siente particular repugnancia (cf. Lc 7, 41); la adúltera que los enemigos de Cristo arrojan ante sus pies con la esperanza de ponerlo en un aprieto venía de ser sorprendida en su delito; de María Magdalena dice San Marcos que Nuestro Señor había expulsado siete demonios (cf. Mc 16, 9). Aún así, los encarnizados enemigos de Jesús, que lo acusan de ser glotón y borracho (cf. Lc 7, 34), impostor (cf. Mt 27, 63), endemoniado (cf. Mc 3, 22) y blasfemo (cf. Mt 26, 65)... nunca aluden a algún pecado contra la castidad, ni insinúan siquiera que Jesús fuese imprudente en esta materia. Más aún, el hecho de que elijan, para tenderle una trampa, una mujer sorprendida en adulterio (cf. Jn 8, 1-11), exigiéndole que aplique con ella todo el rigor de la ley mosaica, tanteando así su justicia y su misericordia, se explica si ellos tenían la seguridad de que, si la predicación de Jesús era acorde a su tenor de vida, éste tendría que *condenar* a esa mujer. Conocemos el lucido desenlace.

San Juan destaca el afecto de Jesús hacia dos mujeres concretas y al hermano de éstas: *Jesús tenía particular afecto a Marta, a su hermana María y Lázaro* (Jn 11, 5). Sin embargo, su trato hacia cualquier mujer se ajustaba, cuanto era posible, a las costumbres de su tiempo. Por eso subraya el mismo Juan que, al encontrarlo hablando con la Samaritana, *ellos* [sus discípulos] *se extrañaron que hablase con una mujer* (Jn 4, 27); admiración de los apóstoles que resultaría inexplicable si Jesús tuviese la costumbre contraria.



Equilibrio realmente extraordinario el de Jesús. Este varón, del que se admiraban los apóstoles al verlo conversar con una mujer, se deja tocar, besar y ungir por ellas al menos en dos oportunidades. La primera en casa del fariseo que lo invita a comer: *Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume* (Lc 7, 36-38). La segunda escena es muy semejante a ésta, y su protagonista es la hermana de Lázaro: *Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume* (Jn 12, 3). Estos dos episodios son ciertamente distintos, y los motivos de las unciones, diversos: en un caso una pobre pecadora pedía misericordia por sus pecados, en el segundo, una joven muestra su gratitud a quien acababa de devolver la vida a su hermano muerto. Hay un tercer relato que quizá sea una variante del episodio de Lucas o bien un caso distinto. Lo relatan Mateo y Marcos: *Estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, recostado a la mesa, vino una mujer que traía un frasco de alabastro con perfume puro de nardo, de mucho precio; quebró el frasco y lo derramó sobre su cabeza* (Mc 14, 3). En todos estos casos, las mujeres que intervinieron fueron criticadas; una por atrevida, al tocar al Maestro siendo pecadora; las otras por despilfarradoras (*¡se podría haber dado este dinero a los pobres!*). Y en todos los casos Jesús las defendió, a una porque mostró mucho amor (cf. Lc 7, 47), a otra porque hizo una obra buena con Él adelantándose a la unción que sería incompleta en su sepultura (cf. Mt 26, 10-12). ¡Pero en ningún momento alguno de los circunstantes pensó mal de Jesús, lo que habla del alto concepto que tenían de su afectividad!

La actitud de Jesús hacia la mujer también se refleja en su doctrina, de la que podemos deducir su modo de vida. No debemos perder de vista que debía haber una extraordinaria coherencia entre lo que el Señor predicaba y lo que vivía, como lo demuestra la simetría entre la predicación de las bienaventuranzas y su muerte en cruz, que es el desenlace previsible de la doctrina contenida en el Sermón de la montaña. Jesús proclamó, probablemente al comienzo de su ministerio público: *Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella*



*en su corazón* (Mt 5, 28). El Señor supera el exterioridad judía —que sólo señalaba el pecado en los actos externos y consumados— condenando la inclinación del corazón que hace de la mujer ajena un objeto de potencial satisfacción sexual, inclinación que se expresa a través de una mirada desiderativa. El deseo interior de alcanzar una satisfacción sensual o sexual con la mujer que no le pertenece, produce, en el varón, una transformación interior tan profunda, que Jesús la expresa con el concepto de “adulterio”. Este deseo, que se traduce en la mirada concupiscente, rebaja a la mujer a “una cosa”, y al hombre que la desea, a manipulador. Jesucristo juzga esta actitud indigna del varón (lo que vale, análogamente para la mujer que hace otro tanto). El pensamiento de Cristo se complementa con otra expresión del mismo Sermón: *La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras* (Mt 6, 22-23). El “adulterio del alma”, fruto de la mala mirada, entenebrece el corazón. La mirada malamente desiderativa de la mujer convertida en objeto sexual, daña profundamente al corazón que se asoma a través de los ojos. La mala mirada del varón vicia la imagen y la idea que tiene de la mujer, y es ese concepto viciado y dañino el que entra por la lámpara del ojo pervirtiendo el corazón del hombre lujurioso. Hay que destacar que estas expresiones de Jesús son parte de la *novedad* de su doctrina; manifiestan el corazón de Jesucristo, precisamente porque son *enseñanzas nuevas* de Jesús, que Él contrapone a la doctrina de los maestros antiguos que no exigían la pureza del corazón sino sólo de los actos externos: *Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón* (Mt 5, 27-28). El adulterio, como intercambio carnal con la persona ajena, estaba condenado en el Antiguo Testamento. Nuestro Señor es quien dice (*pero Yo os digo*): no hace falta un contacto físico para corromper la castidad; basta la intención torcida. Jesús predica una pureza interior, porque Él la vivía así.

La mirada de Jesús es, por tanto, pura, porque es puro su corazón y su intención. Su mirada es consecuente con el *valor* que toda mujer representa para Él. Nuestra mirada es serena y pura respecto de las cosas que evaluamos como limpias y puras; es reverente ante las cosas que consideramos sagradas; es cariñosa y comprensiva con lo que amamos tiernamente; es ávida de aquello que tasamos económicamente; es voraz de lo que calculamos sensualmente. No es la feminidad de

la mujer lo que dispara la mirada lúbrica, sino el significado y el valor que alguna mujer representa para un varón. De ahí que el voluptuoso (salvo el enfermo y perverso) no mire impudicamente a su madre, ni a su hija, ni a su hermana; porque ellas *son apreciadas por los ojos de su alma* con medidas sagradas y espirituales; pero tal vez no haga lo mismo con las demás mujeres. El puro, en cambio, mantiene la mirada limpia también hacia las otras mujeres. Así es la mirada de Jesús. Él ve en la samaritana un alma cansada y sedienta de valores trascendentes, y le ofrece un agua pura que salta hasta la vida eterna; en la mujer sorprendida en adulterio, ve el miedo y la vergüenza y le ofrece comprensión y perdón (*Yo tampoco te condeno*); en la pecadora que lava sus pies con lágrimas, ve remordimiento y humillación, y elogia el amor de un arrepentimiento capaz de borrar las culpas pasadas.

En los últimos tiempos, algunas mentes peregrinas y gnósticas han querido ver una relación afectiva particular entre Jesús y María Magdalena, incluso hablando de matrimonio o concubinato y posibles hijos. Si de inventar novias se trata, podrían haberlo desposado también con la hemorroisa o con la esposa de Pilatos, pues la fantasía no exige demasiado desarrollo cerebral, mientras que el trabajo de fundar científicamente una afirmación en los documentos bíblicos, sí. Y los Evangelios ni dicen, ni dan pie para decir, pensar o buscar tales cabras por esos montes. De la gratitud de la Magdalena por haber arrojado siete demonios de su cuerpo (cf. Mc 16, 9) y de su fidelidad durante la Pasión (cf. Mt 27, 53) no se sigue ninguna relación particular entre ella y Jesús, ni motivan que una mente sana fantasee tales horizontes. En el momento supremo de su muerte, Jesús no piensa en la ex-endemoniada de Magdala, aunque artistas de todos los tiempos la hayan retratado abrazada a los pies de la cruz, sino en otra María con quien estaba ligado por indisolubles lazos de sangre; es la soledad de su madre la que preocupa al Señor agonizante y no la presunta viudez de una esposa desesperada. Es a la Virgen de Nazaret a quien se dirige en sus últimos momentos y sus palabras establecen el nuevo pacto entre ésta y el discípulo amado —*He ahí a tu hijo; hijo, he ahí a tu madre*— y no con la Magdalena —a la que debería haber dicho: “he ahí a tu nuera; aquí tienes a tu suegra”. De todos modos, es comprensible que quienes no entienden la castidad ni el celibato, supongan en los demás los mismos conflictos que pesan sobre sus propios corazones enfermos. Jesús fue célibe. “No podemos imaginarnos a ninguna mujer al lado de este excelso Varón,

exclama Bichlmair. Antes, por el contrario, nuestro sentimiento religioso se opone a ello”<sup>9</sup>. Es cierto; más aún, si partimos de nuestra fe que nos enseña que Jesús es Dios hecho hombre, no sólo “nuestro sentimiento religioso” sino la razón teológica se opone a ello: aun cuando el matrimonio sea algo sagrado, cualquier mujer sería una limitación para el Amor universal de Dios encarnado. Pero, incluso si nos limitamos a los datos de los Evangelios, como ya hemos dicho, no es sólo la incomodidad de nuestra imaginación o el descontento sentimental que la idea de un Jesús casado pueda producir, sino el simple hecho de que no podemos inventar en Jesús rasgos a los que los escritores sagrados no den pie. Es también honestidad intelectual o rigor científico.

Jesús no pudo pertenecer a ninguna mujer. La conciencia de su entrega absoluta a la misión encomendada por su Padre lo hace imposible; su vocación es total (cf. Lc 2, 49). Además, lo requiere la coherencia con la renuncia que Él exige a quienes quieren seguirlo plenamente: *Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí* (Mt 10, 37). *Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío* (Lc 14, 26). *Pedro se puso a decirle: «Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido».* Jesús dijo: *«Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno»* (Mc 10, 28-30). Él, que consideraba indigno de su escuela a quien pusiera en un platillo de la balanza el discipulado y en el otro a cualquiera de sus consanguíneos, no podía, honestamente, estar ligado a nadie en este mundo. Quien alaba a los que le dicen que han dejado todo por Él, no podía, Él mismo, estar atado a nada ni a nadie.

La castidad de Jesús es una necesidad que le impone su corazón, no por limitación sino *por exceso de amor* a Dios y a las almas. Dicho de otro modo, es una castidad-virtud; porque no toda castidad es virtuosa. Como dice Bruckberger, “todo lo que es materialmente casto, no por ello es virtuoso: existe la castidad de las piedras, la de los corazones secos, la de los avaros de sí mismos y la de los impotentes, la de los cobardes beatos que tienen miedo al infierno. Todas esas castidades están podridas”.

---

<sup>9</sup> Bichlmair, *Jesús el Varón ideal*, Buenos Aires (1951), 122-123.

Jesús fue célibe, y su celibato es un acto libérrimo de su voluntad. En los Evangelios se le da el apelativo de “Esposo” (como Juan, su Precursor, se llama a sí mismo “el amigo del Novio”: Jn 3, 29), pero San Pablo lo describe no ya desposado a una mujer, sino a la Iglesia: *Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella* (Ef 5, 25). El Apóstol parece tener presente al divino Maestro cuando hace ante los corintios el elogio de la virginidad: *El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer; está por tanto dividido. La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. La casada, en cambio, se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Os digo esto para vuestro provecho, no para tenderos un lazo, sino para moveros a lo más digno y al trato asiduo con el Señor, sin división* (1Co 7, 32-35). El Apóstol de los Gentiles tiene un alto concepto del matrimonio (1Co 7, 38: *el que se casa con su novia, obra bien*), pero reconoce que el amor esponsalicio impone una *división en el corazón del casado*: entre las cosas de Dios y las cosas del cónyuge. Y Jesucristo no es un hombre de corazón dividido; su dedicación a las cosas del Padre es, como ya hemos notado, total y absoluta, y tiene tanta fuerza que prima sobre el amor que tiene a su madre: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo dedicarme a las cosas de mi Padre?* (Lc 2, 49); *¿Quién es mi madre y mis hermanos? (...) Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre* (Mt 12, 48.50). Además, un hombre que, como Jesús, se describe a sí mismo *sin lugar donde reclinar la cabeza* (Mt 8, 20: *Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*), no es un hombre que parezca tener el respaldo de una familia o el calor de un hogar.

Jesús fue célibe, virgen y virginizador, es decir, inspirador de vírgenes; a pesar de que nadie tuvo en tal alta estima el matrimonio como Él, como diremos a continuación.

## **5) Jesús y su conocimiento de la sexualidad en los planes del Creador**

La madurez afectiva y sexual de una persona también se evalúa por su conocimiento y aceptación de la ley divina a este respecto. Es

más que evidente, para quien tiene fe en la persona divina de Jesucristo, que Él no sólo conocía perfectamente la ley de Dios sino que era el autor de la misma. Y no es sólo una deducción teológica, sino que los Evangelios lo atestiguan. En consecuencia, Jesús tenía una comprensión maravillosa y única de los planes divinos sobre la sexualidad humana.

Ante todo, muestra un elevadísimo concepto de lo que Él llama “el principio”: *al principio no fue así*. La expresión se encuentra en la discusión con los fariseos sobre el divorcio. El pasaje dice: *Se le acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, le dijeron: «¿Puede uno repudiar a su mujer por un motivo cualquiera?» Él respondió: «¿No habéis leído que el Creador, desde el comienzo, los hizo varón y hembra, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre». Le dicen: «Pues ¿por qué Moisés prescribió dar acta de divorcio y repudiarla?» Él les dice: «Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón; pero al principio no fue así. Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer —salvo en caso de fornicación— y se case con otra, comete adulterio»* (Mt 18, 3-9). “El principio” es “el comienzo” del mundo; el momento en que Dios crea todo y plasma su ley en la naturaleza de las cosas y en el corazón del hombre. Para Nuestro Señor, el plan primigenio del Creador es paradigmático y normativo. Él, con toda su autoridad de legislador divino, devuelve a la ley divina, su fuerza original, su vigor, sin las dispensas que la tolerancia divina había otorgado por la dureza del corazón humano. La relación entre el hombre y la mujer, a los ojos de Jesús, es la más alta y profunda que pueda establecerse entre dos seres humanos: *no serán más dos seres sino una sola carne*. Jesús usa la expresión bíblica “carne” que no hace referencia al cuerpo sino a toda la persona. “Una sola carne” significa “una sola cosa”: una unidad física, un solo corazón, una armonía de afecto, un concierto de espíritus. Es una “comunidad de personas”. Tan fuerte es esta unión que prima sobre los lazos filiales de sangre (los más estrechos entre seres humanos): *por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer*. Esto, sin embargo, no vale para cualquier modo unión entre el varón y la mujer, sino al que es sellado con la bendición divina (el matrimonio), por eso aclara el Señor: *salvo en caso de fornicación*, es decir, en la

unión no matrimonial (sea fornicación, concubinato o adulterio), el cual no establece verdadero vínculo.

La misma idea subyace en el Sermón de la montaña, en la expresión que ya comentamos sobre la mirada adulterina, que el Señor completa diciendo: *También se dijo: El que repudie a su mujer, que le dé acta de divorcio. Pues yo os digo: Todo el que repudia a su mujer, excepto el caso de fornicación, la hace ser adúltera; y el que se case con una repudiada, comete adulterio* (Mt 5, 27-32). En este texto, resalta más claramente la fuerza legisladora (o restauradora de la ley divina natural, como es en este caso) que Cristo tiene conciencia de poseer: “Habéis oído”; “se dijo”... “Pero Yo os digo”.

## **6) El equilibrio psicológico de Jesús y su templanza**

El equilibrio de Jesús es notable en todas las dimensiones de su afectividad y emotividad, lo que postula, como lógica consecuencia, una perfecta normalidad en el plano sexual.

Así, como y aludimos más arriba, Él puede ser fuerte y ejercer la fuerza, como en la expulsión de los mercaderes del Templo (cf. Mt 21, 12-13; Mc 11, 15-17; Jn 2, 14-17); pero la descripción de los evangelistas dista infinitamente de la ira turbulenta del impulsivo, o de quien canaliza sus nervios en un berrinche convulsivo. Su indignación no se sale de madre. Por eso notamos que jamás se impacienta antes las ofensas hechas a su propia persona (como ocurre, en cambio, a los hombres inseguros o acomplejados) sino sólo cuando la injuria afecta la gloria de Dios o su misión redentora (es decir, contra quienes quieren apartarlo de la cruz, como ocurre con Pedro en el episodio de Cesarea de Filipos: cf. Mt 16, 23). Jesús nunca castiga de más; desconoce la crueldad, la venganza, los celos, la intriga y el despecho, que suelen identificar a las personas con dificultades afectivas o desviaciones sexuales. La actitud que muestra ante Judas en la Última Cena y en el Huerto de los Olivos (grandeza de corazón, ofrecimiento de perdón, reproche sin odio que suena como una invitación al arrepentimiento, el saludo paciente al entregador) bastan para alejarlo infinitamente de los hombres despechados y resentidos.

Jesús no es depresivo, malhumorado ni rencoroso, defectos habituales que acompañan a las personalidades con conflictos de identidad sexual o con irregularidades sentimentales.

No presenta dudas sobre su personalidad, sobre su misión, sobre su relación con Dios Padre. Tiene perfecta conciencia de su misión: instaurar el Reino de Dios y atraer a las almas a la reconciliación con Dios por medio de su propio sacrificio en la Cruz. Comienza predicando la venida del Reino, anuncia repetidamente la cruz, y marcha con decisión hacia Jerusalén donde sabe que ha de ser entregado a la pasión y a la muerte. Tiene perfecta conciencia de su carácter mesiánico, de su poder sobre la ley divina (léanse en el Sermón de la montaña los repetidos *Habéis oído que se dijo... pero Yo os digo*), de su identidad con el Padre (y sus enemigos se lo dirán, sin que él los desmienta —Jn 5, 18—: *los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábadó, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios*). Su relación filial con Dios Padre es perfectísima: se siente amado por el Padre; tiene una confianza sin límites en Él (Jn 11, 41-42: *Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas*); siente ternura y un amor sin condiciones (Mc 14, 36: *¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú*). Todo esto lo diferencia de las personas con orientaciones sexuales ambiguas o desviadas y de quienes padecen dramas emotivos, los cuales, con muchísima frecuencia, han experimentado un enmarañado trato con su padre terreno, que ha terminado por marcar también una desabrida y amarga relación con Dios Padre<sup>10</sup>.

Jesús manifiesta tener una equilibradísima ideal del mal, del sufrimiento, del dolor y de la cruz; lo cual es signo de una afectividad serena, madura y completamente integrada. En Él se da de modo extraordinario el *pati aude*, ¡atrévete a sufrir!, que un célebre psiquiatra ha indicado como contraseña del hombre capaz de mantener el equilibrio perfecto en las más críticas visicitudes de la vida<sup>11</sup>. Jesús no rehúye su cruz; al contrario, llega al punto de llamar “demonio” al amigo que quiere apartarla de su camino (cf. Mt 16, 23). Se ha dicho: “el sufrimiento que parece no tener sentido, lleva a la desesperación”<sup>12</sup>; para Jesús el dolor —su

---

<sup>10</sup> Al decir que lo diferencia de todas estas personas, no quiero decir que no los comprenda ni que carezca de empatía hacia sus sufrimientos. Por el contrario, en su pasión y cruz también cargó con todos los sufrimientos de estas personas, de modo tal que cualquiera, sean cuales fueren sus dolencias o conflictos, encontrará en Jesús comprensión y consuelo.

<sup>11</sup> Cf. Frankl, Viktor, *Logoterapia y análisis existencial*, Barcelona (1990), 158.

<sup>12</sup> Frankl, Viktor, *La voluntad de sentido*, Barcelona (1983), 15.



pasión— tiene un sentido trascendente, único, que no está dispuesto a abandonar por ningún atajo ni promesa (como queda patente en el rechazo de las tentaciones que el demonio le pone en el desierto, que no son otra cosa que escamoteos de la cruz: cf. Mt 4, 1-11). Esto significa que Jesús es un hombre lleno de esperanza, de convicción, de seguridad, y por tanto con un profundo equilibrio emotivo y sexual, pues la inmensa mayoría de los desórdenes de la sexualidad nacen como falsas rutas de escape de un dolor que no se sabe enfrentar o manejar.

Más aún, Jesús tiene un clarísimo, intenso y convencido sentido de la vida y de su misión, como dice con vehemencia a Pilatos —Jn 18, 37—: *Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad*; hoy se diría que es una persona sublimemente *asertiva*. Esto lo inmuniza de toda forma de neurosis (y, en consecuencia, de cualquier conflicto afectivo y sexual, que son manifestaciones neuróticas pasajeras o permanentes).

Menos aún se observan en Jesús rasgos psicológicos añados o infantiles (inmaduros). Sus imágenes y parábolas son extraordinariamente sencillas, pero de ningún modo pueriles. Jesús es una persona que recurre a numerosos símbolos, pero éstos no manifiestan conflictos irresueltos, ni ideas obsesivas, ni miedos insuperados, ni fracasos sin digerir. No se ve en su personalidad ningún rasgo del joven idealista pero inmaduro e inexperto. Jesús tiene una clara identificación de su ideal, del establecimiento de su Reino, pero en ningún momento manifiesta entusiasmos imberbes, ni visiones utópicas; y cuando a su alrededor todos gritan y exultan pensando que está por inaugurar su reinado terreno, Él llora solo la caída de Jerusalén: *la multitud de los discípulos, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios a grandes voces, por todos los milagros que habían visto (...) Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella* (Lc 19, 37.41). Es extremadamente realista. Siempre sabe y predica que el triunfo pasa por la cruz, el dolor y la muerte, a las que seguirá la resurrección (cf. Jn 12, 24: *si el grano de trigo no muere, no da fruto*). Actúa como un hombre de enorme experiencia, a pesar de su juventud. No se engaña sobre los corazones (Jn 2, 25: *No tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues él conocía lo que hay en el hombre*); es prudente, conoce los tiempos de cada hombre (Jn 13, 7: *Jesús respondió a Pedro: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde*).



Tampoco encontramos en su personalidad una psicología decrepita, avejentada: no es un hombre pesimista, sin esperanza, repetitivo o fijado en determinados temas (como vemos en muchos hombres de mentalidad envejecida); no le molestan las muchedumbres, ni los niños, ni se impacienta ante la inexperiencia de sus discípulos. Todo esto manifiesta su equilibrio psicológico y afectivo, y también es señal de la armonía que reinaría en sus demás dimensiones, incluida la instintiva y sexual.

Un rasgo que distingue los hombres equilibrados afectivamente de los que no lo son, es su forma de humor. Algunos, como el mismo diablo, pueden ser irónicos y sardónicos, pero extraños al verdadero gracejo. En su ensayo sobre *Tiberio*, Marañón recuerda que el humorismo en ocasiones es, para muchos, patente de corso para crucificar, entre sonrisas, las cosas, las personas o los símbolos que nos han hecho un mal o que nos figuramos que nos lo han hecho; es decir, puede ser la disfrazada punta de lanza de un resentimiento. Jesús manifiesta varios rasgos de sano humor, y éste nace en él de su profunda alegría, puesto que a menudo Él desbordaba este sentimiento; Jesús era un hombre alegre (Lc 10, 21: *se llenó de gozo*) que sabía participar de la alegría ajena (como hace acudiendo a la boda en Caná y a los banquetes que sus amigos le brindan, como el de Mateo, Simón el fariseo, Marta y sus hermanos, etc.) y desea que los demás se hagan partícipes de su propio gozo (Jn 15, 11: [quiero] *que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno*). Su humor es delicado como se advierte en su diálogo con Felipe antes de la multiplicación de los panes (cf. Jn 6, 5-6), o al amagar pasar de largo en medio de la tormenta que casi hace zozobrar la barca de sus apóstoles dejando a éstos perplejos y más asustados que antes (cf. Mc 6, 48). No conocemos muchos rasgos del humor de Jesús; pero podemos suponer que no sería ni mundano, ni sensual, ni chabacano, ni chocarrero, ni pícaro, ni desvergonzado (como el de quienes, careciendo de verdadera gracia e ingenio, recurren a la agudeza frívola o a la complicidad de la pasión impúdica). Tampoco es un humor hiriente, ni resentido, ni ofensivo, ni humillante. El humor del Señor tiene que haber sido respetuoso y medido. Usaba, sí, la ironía (como al preguntar a sus enemigos —Jn 10, 32—: *Muchas obras buenas que vienen del Padre os he mostrado; ¿por cuál de ellas queréis apedrearme?*) y a la exageración hablando de camellos que intentan entrar por minúsculos orificios, vigas dentro de un ojo o los que quieren alimentar cerdos con perlas.

## 7) Jesús y el amor oblativo de amistad

La diferencia entre una fruta verde y otra madura es que la primera es indigestible mientras que la segunda se puede comer. El hombre inmaduro es el que no puede aún salir de las fronteras trazadas por su ego; el maduro puede, en cambio, entregarse, porque verdaderamente se posee a sí mismo. El hombre maduro puede morir a sí mismo —y lo hace— para darse a una causa, a un ideal o a una persona. De ahí que la culminación del desarrollo afectivo-sexual se evidencie en la capacidad de amistad y de oblación de la propia persona. El amor de amistad es la forma más perfecta del amor; es el amor que establece lazos afectivos y espirituales recíprocos, a modo de una “circulación” del amor. El amigo es capaz de dar amor y de recibirlo, y, sobre todo, de amar al amigo por sí mismo y no por el gusto o beneficio que pueda obtener de su compañía o presencia.

Jesús fue un gran amigo; es decir, una persona con enorme capacidad de amistad. Pero la amistad, que es forma altísima de amor, conoce diversas modalidades. Hay un amor de amistad propio entre iguales a quienes no une ninguna consanguinidad, hay, además, un amor de amistad entre hermanos, también hay un amor de amistad conyugal (Santo Tomás define el matrimonio como especialísima forma de amistad<sup>13</sup>), hay una amistad propia entre el maestro y el discípulo y hay, finalmente, una amistad especial entre el padre o la madre y el hijo. El modo de amistad que observamos entre Cristo y sus discípulos se asemeja más propiamente al último: la paternidad. Pedro, Juan y Santiago son amigos entre sí y también son amigos de Jesús. Pero los vínculos entre unos y otros no son iguales. Percibimos ciertos elementos que distinguen estos afectos. El primero es amistad *inter pares*, el segundo, de paternidad/filiación. Y eso a pesar de que Jesús debía ser, probablemente, más joven que algunos de sus discípulos. Hay notas en el trato de Jesús hacia éstos y de ellos hacia aquél que avalan esta caracterización. Jesús trata a sus discípulos, y especialmente a quienes elige como apóstoles, como un padre: los educa, instruye, defiende, alienta, corrige, reta, levanta de la postración; los lleva hacia el Padre celestial; les da alas para que vuelen por sí solos; ejerce con ellos una delicada providencia. Los discípulos, a su vez, brindan a Nuestro Señor admiración, respeto, reverencia (Lc 5, 8: *Simón Pedro, cayó a las rodillas*

---

<sup>13</sup> Cf. SCG, III, 123.

*de Jesús, diciendo: Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador), confianza y necesidad (Jn 6, 68: Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna).*

Aún así, todo ser humano tiene una dimensión de su alma que es incomunicable; sólo Dios puede penetrar algunos sentimientos y estados espirituales; las demás personas, incluso nuestros más íntimos amigos y consanguíneos, no pueden acompañarnos en ciertos estados del alma, y a menudo nosotros mismos somos incapaces de comunicarlos. En nadie como en Jesús se percibe esa “soledad del corazón” mientras estaba entre los hombres. Incluso en los momentos de mayor sentimiento, Jesús, en cierto modo, está a solas con Dios Padre. En la Última Cena los gestos y palabras de Cristo, cargadísimos de emoción, no encuentran eco adecuado entre los suyos; hasta Juan, que come recostado sobre su pecho, queda lejano de las profundidades en que vive el Señor. Y la brecha se hace más honda en Getsemaní: *Pedro, ¿no has podido velar conmigo ni una hora?* Esto no impide que entre estos corazones se establezca un intenso lazo; pero debemos reconocer que no es, estrictamente hablando, una amistad “entre iguales”. Jesús no sólo era plenamente sino perfectamente humano; y esa perfección hace que su capacidad de amistad sea desbordante para sus amigos, pero la de ellos para con Él nunca puede colmar su Corazón. Por eso su amistad se asemeja más a la que se establece entre el padre y sus hijos: es una amistad que da infinitamente más de cuanto recibe, aunque quiera y acepte esa circulación desigual.

Esto se nota en el trato con los apóstoles. A pesar de la desproporción entre Jesús y sus amigos, aquél siempre se abaja hacia éstos. Jesús reconoce las cualidades y méritos personales de cada uno de ellos, por eso elige a Pedro como cabeza de los otros a causa de la sinceridad y generosidad del amor del curtido pescador de Cafarnaum, mientras privilegia a Juan con una intimidad especial (*el discípulo que Jesús amaba*) por la inocencia de su edad, y designa a Judas administrador del dinero común porque era hábil para los negocios terrenos. Conoce también el estado de cada corazón: *Vosotros estáis limpios, aunque no todos* (Jn 13, 10). Pero no ignora los límites y defectos de cada uno, sus puntos débiles, sus flaquezas y sus carencias. *Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar* (Jn 6, 64). A veces, incluso, lo dice de antemano: *Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche* (Mt 26, 31). Así y todo, nunca los re-

chaza tras haberle fallado; antes bien, les toca el corazón para invitarlos a volver, como a Pedro, con una simple pero sentida mirada en el patio de Caifás: *El Señor se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor, cuando le dijo: «Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces». Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente* (Lc 22, 61-62). El mismo reproche dirigido a Judas en el Huerto de los Olivos, trasunta más dolor por el amigo extraviado que amargura por la traición de la que él está siendo objeto: *Jesús le dijo: «¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!»* (Lc 22, 48).

Jesús establece un orden en su amistad. Aunque ame a todos sus amigos, no los ama a todos por igual. Elegir siempre implica jerarquizar. Al elegir a los Doce, manifiesta un amor especial respecto de todos los demás discípulos. Incluso entre apóstoles privilegia especialmente a Pedro, Santiago y Juan, a quienes hace testigos de especiales experiencias espirituales (algunos milagros, su transfiguración, su oración dolorosa en Getsemaní). Pero su amor no es absorbente ni se traduce en favoritismos; si permite a Juan recostarse en su pecho y le responde preguntas que ningún otro escucha (a él le revela quién es el traidor: cf. Jn 13, 24), sin embargo no lo deja como su vicario en la tierra, sino a Pedro, *el que lo había negado tres veces*.

Jesús no se muestra celoso con sus discípulos, no es sobreprotector, ni entrometido, ni controlador. Ante la incomprensión reacciona dolorido pero con magnanimidad (*Ellos nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que decía*: Lc 18, 34); es perdonador, no se resiente ante el abandono, ni ante la negación, y durante las apariciones, ya resucitado, jamás alude a la traición, ni a la ingratitud, ni la infidelidad mostrada por sus flojos amigos durante la Pasión.

La madurez de la afectividad de Jesús resalta como una estrella intensa durante la noche especialmente cuando vemos el rasgo más notable de un hombre extraordinariamente maduro: *la capacidad de amar sin ser correspondido*; más aún, *el amar siendo odiado*. El Antiguo Testamento consideraba digno de elogio al hombre que amaba a los suyos y odiaba a los enemigos. La venganza del enemigo no era vista como un rasgo de inmadurez. Por el contrario, parecía lo “normal”, lo *normativo*: *ojo por ojo, diente por diente* (Ex 21, 24). El Levítico mandaba: *No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo* (Lv 19, 18);

esto parecía significar que no era necesario aplicar la misma medida a quien no pertenecía al pueblo y menos al enemigo. Jesús conoce este modo de pensar y, por eso mismo, supera esta limitación de la Ley — citando no ya un pasaje veterotestamentario, sino la idea común de sus paisanos—: *Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos* (Mt 5, 43-45). E incluso va más allá: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen* (Lc 6, 27-28). Amar, hacer el bien, bendecir y rogar. Y no se quedó en palabras: *Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»* (Lc 23, 33-34). San Pablo expresa esta plenitud y madurez del amor de Cristo recordándonos: *Siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros (...) Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rm 5, 8-10).

## 8) Resumiendo

Hemos mencionado muchos elementos que revelan la “salud” de la afectividad de Jesús y que, en consecuencia, manifiestan el equilibrio de su sexualidad (es decir, su castidad). Esos elementos pueden distinguirse en positivos y negativos. Sintetizando los ya comentados y añadiendo unos pocos más:

Son signos positivos de su medida:

- La templanza y mortificación de Jesús: ayuna 40 días y 40 noches en el desierto, pasa noches enteras en oración, no tenía donde reclinar la cabeza, es un caminante extraordinario, resiste, sin queja alguna, la sed, el sol, la fatiga, las impertinencias de quienes lo rodean.
- La enorme prudencia, perfecta justicia y grandísimo coraje (fortaleza), virtudes todas que postulan una excelencia análoga en las demás virtudes morales (que crecen juntas en perfección), por ejemplo, en la castidad.
- El sobrado realismo ante el pecado, la debilidad ajena, la situación de los hombres y del mundo, las cualidades y los límites de cada persona, etc.

- Su gran sentido de la vida, y la claridad de conciencia sobre la finalidad última de todas las cosas.
- El equilibrio orgánico y la vida sana que se pone en evidencia en su gran resistencia física.
- Los criterios sobrenaturales por lo que se guiaba (como podemos ver, resumidamente, en el Sermón de la montaña).
- La seguridad (asertividad) de su personalidad.
- La capacidad de captar la belleza de la naturaleza (sus alusiones de los pájaros, los lirios del campo), la inocencia de los niños, el honor del matrimonio, la dignidad de la mujer, etc.

Son, en cambio, signos indirectos de su equilibrio: la ausencia de perturbaciones y vicios que suelen acompañar los caracteres con desórdenes afectos y/o sexuales. Concretamente, vemos que en Jesús:

- No hay miedos perturbadores; todo lo contrario, tiene una enorme confianza (Mt 10, 28: *no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma*; 17, 7: *no tengáis miedo*).
- No tiene ideas depresivas.
- No manifiesta lagunas afectivas y menos que todo, carencias paternas.
- No revela incomprensiones respecto del mal o del sufrimiento.
- No denota complejos de inferioridad.
- No se ven en él obsesiones.
- No tiene una base temperamental nerviosa, tensionada, ansiosa, ciclotímica.
- No expresa una concepción de la vida hedonista, sensual o materialista.
- No tiene blanduras, molicie, pereza, ni sensualidad.
- No padece gula o falta de sobriedad (vicios que a menudo desencadenan trastornos sexuales).
- No sufre odios, resentimientos, antipatías, acritudes, ojerizas, iras, etc.
- No nutre orgullo alguno (vicio que suele acarrear, como castigo, la caída en la impureza).
- No sostiene doctrinas erróneas sobre la sexualidad.

Podemos, así coincidir con Bichlmair, cuando, refiriéndose a la castidad del Señor, escribía: “Nosotros no descubrimos en Jesús ni el más leve rastro de lucha que hubiese tenido que sostener en este campo. Jesús no teme lo sexual; no lo odia; no lo desprecia; no lo combate. Nunca se encuentra una señal de que haya tenido Él que constreñirlo. Hay hombres que, por lo que se refiere al instinto por la especie, son casi insensibles. No conocen allí lucha alguna ni vencimientos necesarios, y viven fríos e indiferentes en este punto. ¿Pertenece quizás el varón Jesús a esta clase de hombres? ¡De ninguna manera! La naturaleza de Jesús está llena de profundo sentimiento. Todo en él vive. Todo es vivo y lleno de fuerza creativa. ¿Con qué simpatía se une a los hombres? Su amor a ellos no sólo nace de la obligación y la voluntad, sino que brota solo. El amor es la fuerza fundamental de su ser. Nadie, cuyos ojos vean y cuyo corazón sienta, encontrará en sus expresiones de simpatía secretas tendencias o concupiscencias reprimidas. Son manifestaciones libérrimas de un espíritu transparente y cálido (...) Su fuerza de varón está completamente santificada y consagrada a Dios (...) De quien tan poco ha hablado sobre lo sexual, brota un poder de pacificación, purificación y dominio de estas fuerzas como de ningún otro. Esta libertad, y madurez, y firmeza de su hombría, no es el fruto de una lucha, ni aun de la más noble y victoriosa que haya podido Él haber dirigido, sino simplemente el resplandor de su naturaleza única en su género, e incomprensible. Hombría que, como la tenemos ante nosotros, no sólo es así también posible, sino que resplandece también aquí en magnificencia y poderío, como lo era la contenida en el plan original de la Creación de Dios”<sup>14</sup>.

Por su parte Romano Guardini, analizando la estructura psicológica del Señor, ha afirmado: “Jesús es varón; la claridad de este contenido objetivo no puede menguarse por ciertas formas de representación artística, ni por la especie de piedad que hay en la base de éstas. Cuando Jesús aparece como un ser tierno, pasivo, medio femenino, es un malentendido fatal, que quita su sentido original a la suavidad de ánimo, a la humildad y a la intención de sacrificio de Jesús... Igualmente falso sería, por lo demás, querer caracterizar la esencia de la masculinidad solamente por la energía activa, por la combatividad agresiva y por determinadas ideas del honor, trazando desde allí su imagen. Jesús es de

---

<sup>14</sup> Bichlmair, *op. cit.*, 119-120. El autor reproduce pensamientos de la obra *El Señor*, de Romano Guardini.

una masculinidad enérgica, honda y clara, pero cuyo carácter no está determinado decisivamente por la vida del sentimiento, o del instinto, sino por el espíritu (...) Un examen sin prejuicios del texto [*evangélico*] muestra que faltan todas las exteriorizaciones del instinto de la masculinidad [*es decir, la atracción instintiva hacia lo femenino*]. No porque los narradores quieran ocultarlas. Tampoco porque fuera insensible o las superara ascéticamente. De su naturaleza irradia una cálida plenitud original de vida. Pero su fuerza viril ha entrado toda ella en el centro personal religioso. Mejor dicho: en un centro que queda más hondo y es más poderoso que el centro espiritual y religioso que hay en el hombre. Una potencia amorosa divina, en el más puro sentido, la ha tomado en su posesión y se desarrolla en ella: la virilidad de Jesús se ha transformado en un amor perfectamente altruista, divino”<sup>15</sup>.

En conclusión: en Jesús de Nazaret, tal como nos lo descubren los Evangelios, vemos una persona con condiciones perfectas para ser el modelo acabadísimo de equilibrio psicosexual y de madurez afectiva para todo ser humano. Perfecto equilibrio tanto en los movimientos internos como en los actos externos al punto de animarse a desafiar a sus adversarios circunstantes: *¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?* (Jn 8, 46). Por eso San Pablo hace equivaler el *estado de hombre perfecto*, con la *madurez de la plenitud de Cristo* (Ef 4, 13).

---

<sup>15</sup> Guardini, Romano, *La realidad humana del Señor*, Madrid (1966), 135-137. Lo que está en *italica* y entre corchetes son aclaraciones mías.



## ÍNDICE

1) Conocimiento y aceptación de sí mismo como varón .....	4
(a) Conciencia y aceptación de su propia masculinidad .....	5
(b) Conciencia y aceptación de la propia afectividad en su modo de ser viril .....	7
2) El modo varonil de vivir de Jesús .....	8
3) La espiritualidad viril de Jesús .....	12
4) El reconocimiento y la aceptación de la mujer por parte de Jesús .....	14
5) Jesús y su conocimiento de la sexualidad en los planes del Creador .....	20
6) El equilibrio psicológico de Jesús y su templanza .....	22
7) Jesús y el amor oblativo de amistad .....	26
8) Resumiendo .....	29

## COLECCIÓN VIRTUS

- /1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA<sup>1</sup>  
INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA  
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS
- /2 CEGÓ SUS OJOS (JN 12,40)  
EL JUICIO PROPIO
- /3 DUC IN ALTUM!  
ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD
- /4 DE LOBOS A CORDEROS  
EDUCACIÓN Y GRACIA
- /5 LAS IDEAS “SUBTERRANEAS” Y LA EDUCACIÓN  
PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES
- /6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE  
JESÚS DE NAZARET
- /7 CRISIS DE PATERNIDAD  
EL PADRE AUSENTE
- /8 NUESTROS MIEDOS
- /9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO
- /10 EL CAMINO DEL PERDÓN

/11 LAS ADICCIONES

UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA

/12 NATURALEZA Y EDUCACIÓN DE LA HUMILDAD

(TRES ENSAYOS SOBRE LA HUMILDAD)

/13 LA MADUREZ DE JESUCRISTO

EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

/14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE

/15 LA SUPERFICIALIDAD

---

<sup>1</sup> Reemplaza al original número 1 ("Miró la pequeñez de su esclava. Para una educación de la humildad") que ha pasado a formar parte del estudio más amplio "Naturaleza y educación de la humildad" (Virtus número 12).

**Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de  
Ediciones del Verbo Encarnado**

**20 de noviembre de 2011  
Solemnidad de Cristo Rey**

**EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO  
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)  
San Rafael – Mendoza – Argentina  
Tel: (02627) 430451 [www.edicionesive.com.ar](http://www.edicionesive.com.ar)  
[ediciones@iveargentina.org](mailto:ediciones@iveargentina.org)**

